

El mundo en negro¹

José Luis Muñoz
Escritor español del género negro



José Luis Muñoz.

Agradezco a la Universidad Central la deferencia que ha tenido de traerme a Bogotá, a ustedes por la amabilidad de escucharme y por darme la oportunidad, ofrecerme la excusa, de hablar de un género: el negro, el negro policiaco, el negro criminal, o como ustedes quieran llamarlo, que tiene millones de lectores y fascina a no pocos escritores. Voy a hablar de un género que se reivindica como popular, pero sin que en el adjetivo podamos advertir un menoscabo de calidad, porque en definitiva las novelas se clasifican en buenas y en malas; voy a hablar de un género que han cultivado infinidad de autores de

todas las latitudes, y voy a hablar del estado de la novela negra en mi país, que es lo que más conozco.

El crimen, uno de los ejes sobre los que pivota la literatura negracriminal, aunque puedan darse novelas negras excepcionales, en las que no hay cadáver ni delito, y les citaré una espléndida, leída hace ya algunos años y que les recomiendo de forma encarecida: *Ultima salida a Brooklyn* del norteamericano Hubert Selby, una novela negra por su ambiente, por sus personajes marginales, por su particular filosofía de la vida, pese a que no se produce en ella ningún delito; como sucede con obras de Charles Bukowski, que también puede ser considerado un novelista de género negro o el mexicano Guillermo Arriaga,

¹ Conferencia inaugural del Simposio de Género Negro en la Universidad Central de Bogotá.

➤ Dossier ➤

más conocido por ser el autor de los guiones de *Amores perros* y *21 gramos*, de quién, gracias a esos vuelos transoceánicos interminables que encima se retrasan cuatro o cinco horas y te permiten releer *Guerra y paz*, estoy leyendo *El búfalo de la noche*. Es, sin lugar a dudas, un novelista negro, aunque, y no creo que suceda en las pocas páginas que me quedan para terminar el libro, no haya indicios de crímenes.

Pero es el crimen, repito, que siempre ha acompañado a la condición humana desde el bíblico asesinato de Abel por Caín —no es un dato gratuito, desde mi parecer, que uno de los mayores escritores de género negro, James Caín, homenajee en su apellido al primer asesino de la historia— una de las esencias de la novela negra.

Quizá, y es lo más más grave, sea fruto de nuestras propias contradicciones, de que no somos ni blancos ni negros, sino que dentro de nuestros corazones hay siempre zonas grises, misteriosas, extrañas pulsiones, que nos caigan mejor, al menos que nos sugieran más cosas; ese verdugo bíblico ancestral, vagando desterrado por el mundo, por el fratricidio cometido contra su beatífica víctima. Si tuviera que escribir una novela mi personaje, sin lugar a dudas, sería Caín. Es esa fascinación por el mal, que la humanidad ha tenido siempre, como un instinto maléfico que las sociedades han tenido a bien reprimir, el que nos hace sintonizar, en películas y en novelas, más con los delincuentes, por infractores, por rebeldes sociales, que con los policías que deben perseguirlos. Es de lo que se quejaba Edgar Hoover, jefe del FBI: «*Esos filmes que glorifican más a los delincuentes que a la policía*». La violencia, sea por ansias de poder, odio étnico, espíritu tribal, machismo cerril, instrumento político o vehículo económico, siempre ha existido y existirá, mal que nos pese. La historia de la humanidad está subrayada en rojo con sangrientas guerras, colonizaciones salvajes y genocidios de todo tipo; una violencia que ha sido, más o menos, aceptada cuando la adoptan los estados y condenada cuando la adoptan los particulares. Y de eso trata precisamente el género negro, de esa violencia amateur que ejercen los delincuentes al margen del sistema.

Se hace complejo ubicar los comienzos de la novela negra y hay opiniones para todos los gustos. Un entrañable amigo y excelente escritor, Francisco González Ledesma, sitúa el nacimiento del género en Dostoievsky y su *Crimen y castigo*. Hay quien cree ver en las violentas obras teatrales de Shakespeare, llenas de ruido, furia y muerte, un predecesor del género. El decimonónico Wilkie Collins y su *Piedra angular* suele ser considerada como una novela policíaca. También lo podría ser, por la sordidez y violencia que exhala el relato *El doctor Jekyll y mister Hyde* de Robert Louis Stevenson, que abona la tesis de ese dualismo que acompaña al género humano en la persona de ese Jekyll que se convierte en el malévolos Hyde. Pero en lo que más coincidimos

➤ Dossier ➤

los cultivadores del género es en que *El asesinato de la calle Morgue* de Edgar Allan Poe, marca una inflexión y puede considerarse el primer relato policíaco propiamente dicho. La novela corta del alcoholizado mago de la fantasía y el terror, de uno de los autores que hizo de mí un adicto lector, reúne todos los ingredientes de la novela policíaca, ya que es una novela interactiva y hay en ella todos los elementos claves del género: crimen, misterio, investigación y hallazgo del culpable, aunque en este caso sea un mono ¡Qué decepción!

En el término novela negra cabe un amplio abanico de literatura. Existe la novela enigma, que a mí particularmente no me gusta porque la considero más un juego de mesa para después del té, muy británico, que verdadera literatura, representada por Agatha Christie; son novelas que se resuelven como auténticos rompecabezas, en donde los asesinos son pulcros, los crímenes apenas tienen sangre y los mayordomos pechan con casi todas las sospechas. El asesino, invariablemente, suele ser quién menos lo parece, lo que hace fácil la resolución del enigma. Es una fórmula que invariablemente, y con éxito, hizo servir la escritora británica a lo largo de su fecunda carrera, aunque no tenga muchos seguidores en la actualidad, salvo una novela que citaré, de cierto éxito en mi país, *Los crímenes de Oxford* del escritor argentino Guillermo Martínez, que aúna su oficio de escritor con el de matemático, un relevante *best-seller* en su Argentina natal o las novelas de la octogenaria P.D. James, nacida en Oxford, que considero literariamente más superiores a la de su predecesora «la abuelita del crimen», apelativo con que se conocía a Agatha Christie. Dentro del mismo saco, pero con más pretensiones literarias e intelectuales, podríamos situar a Conan Doyle, a su universal pareja Sherlock Holmes y doctor Watson o las novelas policíacas de Gilbert Keith Chesterton, protagonizadas por el inefable Padre Brown, que eran extraordinariamente ingeniosas y me depararon en mi juventud un enorme placer literario. A esta categoría también pertenecen S.S. Van Dine, autor hoy relativamente olvidado, al que leí con pasión y fruición o Edgar Wallace, a quien el cine germano de la época adoptó llevando al cine prácticamente todas sus novelas.

Muy distinta a la novela enigma, y es con la que más comulgo, sería la novela negra criminal, la novela en la que el autor, se muestra equidistante entre el crimen y quien persigue el crimen, en la que se trata de razonar sobre las causas y las consecuencias de la violencia; novelas muchas de las cuales están narradas desde el punto de vista del delincuente o desde el punto de vista del policía que traspasa la línea roja que separa su mundo del de la delincuencia; novelas sórdidas, porque sórdido, sin duda, es el mundo de la delincuencia, de la violencia, habitadas por personajes marginales, perdedores, fuera del sistema, hacia los que no existe el más mínimo atisbo de piedad;

➤ Dossier ➤

novelas en las que el drama de la predeterminación y el fatalismo dicta que las cosas, irremediamente, irán de mal en peor porque así está escrito, lo que las emparenta con las grandes tragedias clásicas de Sófocles, Eurípides y Esquilo. Son novelas en las que el autor y el lector, por unos días, comparten esa fascinación por el mal, por lo oscuro, que son, precisamente, la principal virtud de esas novelas que se convierten en pesadillas; son novelas llenas de violencia, sexo, personajes despiadados, realidades sociales sin ninguna esperanza, la llamada *hard boiled*, en la que han buceado los mejores autores de la novelística norteamericana como Dashiell Hammet, Raymond Chandler, James Hadley Chase, James Cain, Mac Behn –no dejen de leer *La mirada del observador*, una pieza maestra–, Ross Mac Donald, Chester Himes, novelista negro de la negritud, William Burnett, David Goodis, Horace McCoy, Peter Cheyney, Jim Thompson, uno de los autores más significativos, Donald Westlake y su *A quemarropa*, o la misma Patricia Highsmith con la secuela de personajes psicóticos que pueblan sus novelas; lista en la que también se ubicaría a Bret Easton Ellis, autor de la cáustica *American psycho*, una despiadada crítica al culto de la opulencia y el glamour, a James Ellroy y sus novelas que son como disparos, telegráficas y concisas o a Stephen King, el mago del horror. La nómina de esos autores negros sería sencillamente interminable y, como verán, los autores de lo más variado.

Y vamos también a otra de las características del género negro: su carácter crítico con el *stablishment*. La novela negra es, generalmente, una novela de denuncia tan contundente como lo fueron en su época las novelas sociales de Balzac o Zola. Las novelas negras muchas veces, y puedo hablar de ello con conocimiento de causa por las que se escriben mi país, son novelas militantes. Por ello es habitual, aunque no siempre es así, y ahí tenemos al recientemente desaparecido Mike Spillane, o a James Ellroy, que se declara conservador y *bushniano* hasta la medula, que los novelistas de género negro se alineen alrededor de la izquierda.

En un intento de definir el género Manuel Vázquez Montalbán escribió:

Es muy difícil de explicar; es una novela basada en un hecho criminal que suscita una investigación, un viaje o merodeo literario que utiliza una retórica y unas claves formales ensayadas por una tradición de género, el cual en un momento determinado es recodificado por novelistas norteamericanos y se convierte en un referente a partir del cual el género se modifica.

En mi país, sobre todo desde el mundo de la crítica, se sigue extendiendo el lugar común de que la novela negra, la novela policíaca, es una literatura de playa, de verano, de usar y tirar o para coger el sueño en una noche de insomnio. Tan arraigada esta esa creencia entre la crítica literaria especializada que hay autores, pocos, por suerte, que se avergüenzan de las incursiones que hayan

➤ Dossier ➤

efectuado en el género, y se arrepienten de sus pecados o desearían haberlos cometido emboscados en el pseudónimo. Pero muchos autores de prestigio, no precisamente conocidos por sus novelas policíacas, se han acercado al género. Lo han hecho el tándem formado por Jorge Luis Borges, uno de los más concienzudos estudiosos del género, y Adolfo Bioy Casares, de quien no hace muchos años, con la excusa de pergeñar un trabajo para una revista literaria *Leer de mi país*, leí un modélico relato policiaco: *Cavar un foso*, que nada tiene que envidiar a James Cain. Lo ha hecho Julio Cortázar, uno de los principales culpables de que yo me haya dedicado a la literatura, cuyos relatos fantásticos, relatos sobre el mundo del jazz o del boxeo son piezas maestras de la literatura negra, aunque sólo sea por el ambiente enrarecido repleto de humo de cigarrillos y notas de música que recrea con su prosa magistral; lo ha hecho Ernest Hemingway con verdadera maestría en algunos de sus relatos llevados luego con fortuna al cine como el magistral *Los asesinos* que dio pie a esa extraordinaria película de Donald Siegel, *Código del hampa*, con Lee Marvin y John Casavettes.

El *mccarthysmo*, el crack de la Bolsa y la consiguiente depresión, hicieron aflorar el género negro tal como se entiende en la actualidad de la mano de autores como Dashiell Hammet, Raymond Chandler y James Cain, que tenían luego una prodigiosa traslación al celuloide en esas espléndidas películas de cine negro de los años cincuenta protagonizadas por James Cagney, Richard Widmark, Orson Welles, Joseph Cotten, Robert Mitchum de la mano de los Henry Hathaway *–Niágara–*, John Huston *–La jungla del asfalto–*, Orson Welles *–Sed de mal–*, Kubrick *–Atraco perfecto–*, y Billy Wilder *–Perdición–*, obras maestras que sedujeron a todos los que hemos hecho novela negra y nos aleccionaron a la hora de hilvanar los diálogos y hacer mover a los personajes. ¿Cuál fue nuestra escuela? Evidentemente, el cine negro de los años cincuenta, ese cine en blanco y negro con multitud de iconos, porque nuestra cultura, hablo de los escritores de mi generación, ha sido antes cinematográfica que literaria.

La calidad y la cantidad de novela negra manufacturada en Estados Unidos es espectacular, pero existen otros mundos, Francia, por ejemplo una verdadera potencia literaria, con una cultura libre de censuras y una tradición delictiva que les serviría de inspiración, se inventaba el *polar*, porque partían de una gran tradición de novela negra, gracias al prolífico autor belga Georges Simenon y su comisario Maigret, que marcan el inicio del género en Europa y ponen el acento, más que en el crimen y en su resolución, que es la excusa narrativa, en la sordidez de los ambientes por los que se mueve el discretamente burgués Maigret, aficionado al Calvados y a la buena mesa, sin que estos ambientes marginales por los que deambula lleguen a mancharle; porque Maigret, íntegro y buen marido, al contrario de su autor, siempre volvía a casa y se reencontraba con su esposa; en Simenon el proceso de investigación no importa nada, hace

➤ Dossier ➤

lo que le da la gana, y acabas creyendo lo que él dice por la complicidad psicológica que estableces con Maigret y con su juego de relaciones con los personajes que han ido apareciendo en la novela.

Simenon, una pieza capital en la novelística negra europea, ejerció una enorme influencia en España, más que los autores norteamericanos, gracias a la edición en colecciones populares de los casos del comisario Maigret.

El cine también tuvo su peso. En el país galo se desarrolló la *Nouvelle vague*, muchos de cuyos autores como Godard – *Al final de la escapada*, *Alphaville*, sobre una novela de Lemmy Caution, - Truffaut y su extraordinaria *La piel suave*, en menor medida, *La novia vestía de blanco*, inspirada en S.S. Van Dine, y *Tirad sobre el pianista* o Chabrol con *El carnicero* y *La década prodigiosa*, abrazarían los presupuestos del género negro en sus películas siguiendo la estela de su maestro indiscutible, Jean Pierre Melville y su actor fetiche, Alain Delon, en *El samurai*, o el Costa Gavras más policial de *Los raíles del crimen*.

Hijos del mayo francés, hipercríticos con las instituciones, innovadores y literarios, con un precedente provocador de la talla de Boris Vian, de vida breve y atormentada, aficionado a la droga y el alcohol, apasionado del jazz, que con el antifaz de un escritor norteamericano negro y de género negro, Vernon Sullivan, publicó la escandalosa *Escupiré sobre vuestra tumba*, Jean Patrick Manchette, Didier Daeninckx, Thierry Jonquet, con una novela modélica, *Tarántula*, apuntalan en Francia un género negro de nuevo cuño: el *polar*, y lo sabían vender tan bien como sus vinos y quesos.

En España, por culpa de una dictadura fascista que nos asfixió culturalmente durante cuarenta años, el género apenas si tuvo cultivadores; nos teníamos que conformar con leer novelas norteamericanas, que publicadas por la editorial Molino en el formato popular de novela de kiosco, nos permitió descubrir a Raymond Chandler, Erley Stanley Gardner y Dashiell Hammet y ver sus películas de cine negro o comprar las ediciones populares de las novelas de Maigret que editaba Luis de Caralt. Hablamos de una España en donde, por decreto, no había policías corruptos, ni banqueros, gangsters, ni hombres y mujeres con vida sexual. Una España de color sepia en donde la miseria política tenía su precisa correlación en la miseria cultural.

Los primeros intentos serios en la posguerra española para hacer novela policial –dejando aparte prehistorias– no llegaron influidos por la *novela negra* norteamericana, que se conocía poco y mal, sino por George Simenon y Agatha Christie, los dos autores policiales más vendidos en España en toda su historia.

Hay, durante el franquismo, un autor destacable, más que por su valor literario por su valor sociológico, y que practica más la novela costumbrista que la policial, es el caso del manchego Francisco García Pavón, autor de *Las hermanas coloradas*, *Historias de Plinio* y *El reinado de Witiza*; creador del policía

➤ Dossier ➤

urbano Plinio que resuelve algunos casos criminales sin importancia en su Tomelloso natal, una villa vitivinícola de La Mancha en donde nunca sucede nada. Hay una novela aislada, *El inocente* de Mario Lacruz, en la que el autor rehuye expresamente, y para evitar cualquier tipo de encontronazo con la censura franquista, toda alusión a personajes, situaciones e incluso lugares reales, inventando una falsa geografía que remite a entornos ibéricos. *El inocente* marca una inflexión de lo que podría ser una novelística negra de calidad, a la que también se acercó otro grande de nuestra literatura, Juan Benet, escritor atípico y vanguardista con *El aire de un crimen*, y el andaluz Alfonso Grosso lo hizo con *Los invitados*, novelando un crimen real sin resolver: el asesinato de todos los miembros de un cortijo andaluz. Tomás Salvador —que por su profesión de policía y su vocación por la novela de acción y realista llevaba mucha ventaja— publicaba *Los atracadores*, *Cuerda de presos*, *Cabo de Vara* y *El charco*. Un tipo de literatura que convivía con la llamada literatura de kiosco, novelas del Oeste o



Asistentes al Simposio sobre novela negra.

policíacas, firmadas con pseudónimos por algunos autores españoles que luego adquirirían un renombre como Guillermo López Hipkiss o Silver Kane (seudónimo de Francisco González Ledesma).

El subdesarrollo económico encarnado en una sociedad campesina y poco cosmopolita, era poco apta para materia de novela negra. Frente al glamour del gangster americano con sombrero calado hasta los ojos, el detective con gabardina y la rubia fatal con vestido de lamé, España ofrecía la imagen tosca de un campesinado medio analfabeto y una delincuencia poco dada a sutilezas

➤ Dossier ➤

que se mataba a palos o a navajazos, muy en la tradición goyesca, y aún sigue haciéndolo en los pueblos de la España profunda por cuestiones de lindes o rencillas ancestrales que pudo haber generado una espléndida novela negra rural, y de hecho Camilo José Cela y *La familia de Pascual Duarte* es novela negra.

La novela negra española nació con el cadáver exquisito del general Franco, aunque muriera de muerte natural. Ante unas fuerzas de seguridad que tradicionalmente han sido tan pedestres como las españolas –la imagen de la pareja de la Guardia Civil con tricornio patrullando el agro español producía sencillamente pavor –, el agente de la ley no despierta demasiada simpatía para el escritor. Como venía a decir Juan Madrid, parece que la policía, más que protegernos, nos vigila. No es de extrañar, entonces, esa aversión al policía: hasta 1975, la tristemente célebre brigada política-social no sólo se dedicaba a aclarar delitos como robos y asesinatos, sino que actuó también como policía política, torturando y asesinando, interviniendo en la caza de comunistas y otros adversarios políticos. Era la policía represora del régimen franquista. En esas circunstancias resultaba muy difícil presentarlos, literariamente hablando, como personajes positivos

En los 70, la editorial Círculo del Crimen saca una colección de novela policíaca exclusivamente escrita por españoles, y a partir de ahí es donde empezamos a publicar los que luego formaríamos parte del boom de los 80: Juan Madrid, Andréu Martín, Fernando Martínez Laínez, Julián Ibáñez, Lourdes Ortiz y yo mismo.

Pero no es hasta Manuel Vázquez Montalbán que el género se dignificó. Si un intelectual como Humberto Eco era capaz de escribir una gran novela policíaca ambientada en el Medioevo, como *El nombre de la rosa*, Vázquez Montalbán, otro reputado intelectual, periodista, crítico, novelista y activista político, se adscribiría al género mitad por juego, mitad por simple provocación. La serie Carvalho, que tantos réditos dio a Vázquez Montalbán, como a lo novela negra española en general, surgió de una apuesta ética con unos amigos: Manolo quería demostrar que era capaz de escribir una novela policíaca en muy pocos días y así salió *Yo maté a Kennedy* y luego *Tatuaje*, en la que ya Pepe Carvalho se convierte en protagonista de la serie. Pero su heterodoxo detective Pepe Carvalho, antes que investigador parece más bien irónico observador de su entorno, con un acentuado afán culturalista, con apuntes intelectuales, gastronómicos, literarios y políticos, ajenos a las tramas de sus novelas.

Vázquez Montalbán utiliza las claves de un género popular para pergeñar una personal visión histórica de la España predemocrática, la transición y la democracia. Las aventuras de Carvalho, imbricadas en todo lo que ocurre a su alrededor, son un excelente rastro para reconstruir al detalle la evolución de la

➤ Dossier ➤

sociedad española de las últimas décadas que corre en paralelo con la evolución del personaje, cuyos últimos estertores, antes del fallecimiento de su autor, podrían haberle llevado a escarbar en las cloacas de Filesa, Kio, Banesto, algunos de los casos de corrupción económica más sonados de mi país, los fondos reservados, uno de los mayores fraudes de estado, ajustando las cuentas a De la Rosa, Roldán o Mario Conde, afamados estafadores, o indagando en las tramas de los traficantes de esclavos tercermundistas en el Primer Mundo, que el novelista ya intuía sería la delincuencia del futuro. Vázquez Montalbán estableció en casi todas las novelas de la serie Carvalho un distanciamiento premeditado ante lo meramente policial para decantar hacia la crítica social, hablar del desencanto democrático y de la evolución de una sociedad desde el optimismo predemocrático al escepticismo post-olímpico sin descuidar los hábitos gastronómicos. No es un escritor de género estrictamente hablando, sino que se sirve del género para hilvanar su lúcido discurso político y social.

Yo dudaría en calificar la serie Carvalho de auténtica novela negra. Para empezar, hay un distanciamiento de su autor con respecto a lo que cuenta, un profundo descreimiento, hay demasiada ironía, humor y un exceso de guiños culturales que convierten la serie en una excusa literaria para que Vázquez Montalbán nos cuente la reciente historia de España a través de su detective gallego que envejece al mismo ritmo que su autor. Hay ajustes de cuentas muy precisos, aparte de los habituales libros que Carvalho – Montalbán incinera en su chimenea de Vallvidrera, barrio residencial en donde residía el propio autor, como *Asesinato en prado del Rey*, sede de Televisión Española, escrita como venganza a una serie de televisión sobre Carvalho que nada gustó a su creador, *Asesinato en el comité central*, en la que, con humor, Vázquez Montalbán asesinaba a su jefe de filas Santiago Carrillo, entonces secretario general del Partido Comunista de España, en la ficción literaria. Puede que su mejor novela negra, aparte de *Los mares del Sur*, con la que ganó el Planeta, sea *Galíndez*, un *thriller* electrizante que reconstruye el secuestro y asesinato del diplomático del gobierno vasco en el exilio Galíndez por parte de sicarios del dictador dominicano Trujillo. Es en *Galíndez*, la obra en la que Vázquez Montalbán pone toda la carne en el asador y construye un *thriller* político modélico en la mejor tradición de novelistas de la envidia de Graham Greene o John Le Carré. No hay en *Galíndez* un ápice de ironía, no hay un solo guiño culturalista al lector, hay simplemente una rigurosa y documentada historia que bebe de la mejor tradición literaria y deviene, en mi opinión, en su mejor novela, dentro o fuera del género negro.

Con el sentido de humor que le caracterizaba, virtud que Montalbán, un catalán mestizo, debía a sus genes gallegos, a la pregunta de alguien sobre si la literatura ha de servir para algo, contestó: «*Gracias a mis novelas muchas*

➤ Dossier ➤

personas han aprendido a guisar los espaguetis al marisco; incluso me los encuentro por ahí y me dicen: hice la receta de tal novela y me salió espléndida; la literatura por fin sirve para algo». Esa característica de Vázquez Montalbán como hombre polifacético, que lo mismo te hablaba de gastronomía, que de política, que de literatura, y siempre de una forma inteligente, fue lo que convirtió al autor catalán en un personaje entrañable y querido, no sólo para los de su profesión sino para gente que ni tan siquiera había leído sus libros.

El éxito de la serie Carvalho, y una serie de eventos lúdico literarios como la «Semana negra de Gijón», capitaneada durante todos estos años por el escritor astur- mexicano Paco Ignacio Taibo II, hicieron posible el nacimiento de un género literario que carecía de la más mínima tradición en nuestro país y se tenía que reinventar. Es de Taibo esta brillante teoría sobre el alumbramiento del género en España: «*Nunca nos pusimos de acuerdo, no hubo un pacto misterioso sellado con sangre, pero repentinamente de ambos lados del Atlántico comenzaron a surgir las novelas negras. Necesitábamos escribir literatura policíaca porque le teníamos miedo a la policía*».

Hubo autores que cultivaron el género y luego se arrepintieron, como Eduardo Mendoza; otros que simultanearon periodismo y literatura, como Jorge Martínez Reverte con sus libros policiales de Gálvez; Lourdes Ortiz creó un detective femenino con gracia y agilidad, pero no ha insistido después; Rosa Montero sólo ha tocado el género tangencialmente en *Té trataré como a una reina*, pero es un problema de ambiente, no central de su obra. Lorenzo Silva, por el contrario, uno de los autores de más éxito, alejado generacionalmente de los pioneros antifranquistas de la novela negra, convierte a una pareja de la guardia civil, Bevilacqua y Chamorro, en sus investigadores. Lo mismo que hace Alicia Giménez Barlett con la serie de la inspectora Petra Delicado, una de las que más éxito dentro de la narrativa negra de mi país. La lista puede resultar interminable y cada autor aborda el género desde un punto de vista muy particular. Julián Ibáñez, que utiliza al contable Novoa como investigador; Pedro Casals y toda su serie protagonizada por el elegante abogado Lic Salinas, que se mueve en el mundo de las altas finanzas y resuelve sus casos sin el más leve asomo de violencia, lo que lo convierte en rara avis dentro del género negro en España; Fernando Martínez Lainez, historiador, autor y editor; Jordi Sierra i Fabra, autor eminentemente juvenil pero que también ha incursionado en el género negro; Manuel Quinto, crítico de cine que se acerca al género con una patina de humor a través de las aventuras protagonizadas por Buenaventura Pals; Miguel Agustí con *Amante muerte*; Ferran Torrent, el novelista que escribe en catalán de más éxito; Miguel Barroso y su *Amanecer con hormigas en la boca*. Autores, casi todos, que habían militado activamente en la trinchera democrática, y por ello los policías o eran corruptos o se salta-

➤ Dossier ➤

ban las leyes, porque el policía era un ser o que nos daba miedo o al que sencillamente odiábamos.

Surgieron durante esa primavera del género colecciones de novela negra, como la mítica Etiqueta negra del asturiano Silverio Cañada, y dirigida por Paco Ignacio Taibo II, en la que tuve el honor de publicar mis dos primeras novelas de género: *El cadáver bajo el jardín* y *Barcelona negra*, que lanzó al mercado la friolera de doscientos títulos en dos años, incluyendo norteamericanos, franceses, italianos, alemanes y españoles. Le siguió Cosecha roja de Ediciones B. la Cua de Palla en catalán. Alfa 7 de Laia, en la que publiqué *La casa del sueño*, que convocaba además un premio literario policiaco. El boom de la novela negra, como antes había sucedido con el boom de los escritores sudamericanos, inundó las librerías durante un par de años. Todo el mundo se afanó en escribir en clave de novela negra. Y de esa eclosión salieron, y aún siguen dando guerra literaria, Juan Madrid y Andreu Martín, quizá los más genuinos y más representativos cultivadores del género en mi país, junto con Francisco González Ledesma, más próximo generacional y sentimentalmente a Vázquez Montalbán y a Juan Marsé, ganador del Premio Planeta en 1984 con *Crónica sentimental en rojo* y creador de un personaje entrañable, Méndez, un policía de la vieja escuela franquista —aquí volvemos a estar en el lado correcto de la ley — un tipo fracasado y perdedor, aunque ideológicamente se encuentre próximo a los vencedores, con un no muy brillante currículum y que está de vuelta de todo, hacia el que el autor vuelca una especie de condescendiente ternura, mientras hurga en los pecados inconfesables de la gente bien de la Ciudad Condal. A través de su policía Méndez, González Ledesma pinta una Barcelona nostálgica que ya sólo existe en su memoria o nos habla de una transición no cerrada en *Tiempo de venganza*, una de sus últimas novelas.

Pero hablemos de los dos más genuinos representantes del género en España, de dos de su más puristas cultivadores, con una amplia obra que los respalda y una dedicación al género casi absoluta.

La profesión de psicólogo se le nota a Andréu Martín en sus novelas que tratan de indagar el mundo de la psicopatía, que se siente fascinado por el lado oscuro de la humanidad, por la aparente normalidad del delincuente que, de repente, se convierte en monstruo, las bellísimas personas de las que habla en la novela con la que ganó el premio Ateneo de Sevilla. Martín parece volcarse a la indagación de la irracionalidad, la patología y el horror de la vida cotidiana, con un lenguaje seco y directo, lo que ha llevado a que su obra se califique como «terror urbano»: *Aprende y calla*, *A la vejez*, *navajazos*, *Memento de difuntos*, *Cuidados intensivos* y, sobre todo, *Prótesis*, publicada por Martín en 1980 y llevada con éxito al cine por Vicente Aranda con el título *Fanny Pelopaja*,

➤ Dossier ➤

en la que se nos cuenta la fatal relación amor/odio entre un policía y un delincuente, novela que la crítica señala como la obra maestra de aquellos años.

Andreu Martín, escritor infatigable, ha cultivado con fortuna la escritura de libros a cuatro manos con autores amigos como Jaume Ribera, con el que lleva años escribiendo un policial juvenil en torno al personaje de Flanagan, un adolescente que investiga pequeños delitos que suceden en su entorno, con Carles Quílez, un periodista de juzgados con el que ha escrito *Asalto a la virreina* y *Piel de policía* o con Verónica Vila-San Juan con la que se ha atrevido a escribir una novela de revancha de las maltratadas hacia sus maltratadores, una novela que recibe el título de *Impunidad*.

A Juan Madrid, periodista, ex boxeador y profesor de historia que pilota desde el centro peninsular el destello de la novela negra, se le nota su pasado como militante de la izquierda clandestina —según propias confesiones se formaría como novelista redactando las octavillas y panfletos del Partido Comunista de España durante su ilegalidad— y como cronista de la página de sucesos de un diario madrileño en el que se curtió. Madrid, reafirma el carácter realista de la novela negra con un lenguaje exento de florituras que recurre con frecuencia al argot, resulta más sobrio y escapa de digresiones. Con Madrid se viaja por la geografía suburbial de un Madrid poblado de seres marginales sin futuro ni historia a los que la pobreza y la falta de posibilidades condicionan y lleva directamente a los crímenes de cada día. Es un autor que funciona con personajes, como las novelas de Toni Romano, ex boxeador, ex policía, ex casi todo; tipo broncas de puño rápido y pistola siempre a punto que malvive trabajando de vigilante en salas nocturnas de tres al cuarto, le gustan los bocadillos de calamares y se mete dónde no le importa, con el que desarrolla entre 1980 y 1986 las novelas *Un beso de amigo*, *Las apariencias no engañan*, *Nada que hacer*, *Un trabajo fácil*, o *Jungla*, y el policía gitano Manuel Flores de la serie *Brigada central*, 13 volúmenes que darían lugar a otros tantos capítulos televisivos con la cara de Imanol Arias, que se desarrollaría a finales de los ochenta, en la época en la que España vivía la integración europea y los procedimientos policiales comenzaban a modernizarse.

Pero su novela negra más ambiciosa es curiosamente la que menos lo parece y apareció bajo el sello de Alfaguara, marcando una nueva dirección en su producción literaria: *Días contados*. Madrid, a través de la relación de un fotógrafo que busca fotos impactantes para una guía de Madrid y un par de patéticas prostitutas con las que se relaciona, Charo y Vanesa, nos habla del hundimiento del barrio de Malasaña y el final de la movida. Madrid dio el do de pecho en esta historia, dura y tierna a la vez, de la que son protagonistas el sexo, la violencia y la droga y que tuvo una exitosa traslación al celuloide de la mano de Imanol Uribe que travistió al protagonista de fotógrafo en etarra.

➤ Dossier ➤

La moda de lo negro ha hecho que autores de los considerados serios y sesudos, como Antonio Muñoz Molina o el exitoso Arturo Pérez Reverte, estos dos últimos académicos, o políticos como Fernando Morán, ministro de asuntos exteriores en el gobierno de Felipe González, Miguel Ángel Rodríguez, portavoz de José María Aznar, y Joaquín Leguina, presidente de la comunidad de Madrid, hayan abrazado el género. Muñoz Molina en *El invierno en Lisboa*, una novela negra que suena a jazz desde el primer momento o en *Plenilunio* sobre la figura de un psicópata. Pérez Reverte con *La reina del sur*, sobre las andanzas de una jefa mafiosa de un cartel mexicano de narcos de Sinaloa que resulta tan dura como cualquier hombre. Un género con el que un autor de la talla de Juan Marsé, uno de los mayores escritores vivos de mi país, ha coqueteado numerosas veces desde *Si te dicen que caí*, una de sus primeras novelas, hasta *Canción de amor en lolitas club*, la que es, hasta el momento, su última novela.

En cuanto a temas, quedan algunos vacíos incomprensibles que no han sido tratados aún por la novela negra española con el detenimiento que merecen. Uno es el tema del terrorismo y el deseo de independencia del País Vasco y la problemática de ETA, que ocupan el tema central de *La trampa* de Eugenio Ibarzábal, *La rusa* de Juan Luis Cebrián, ex director del diario El País o, más recientemente, José Javier Abasolo en *El aniversario de la independencia* en la que un ex militante de ETA reconvertido en *ertzaina*, policía vasco de la hipotética República Vasca Independiente, sufre en sus carnes el terrorismo de los unionistas, es decir, la medicina que durante tantos años y con tanta saña administró. Pero faltan novelas sobre los GAL, esa trama delictiva auspiciada por los servicios secretos españoles para terminar con la banda terrorista ETA, faltan novelas de calado político que hablen de la corrupción en el último periodo de Felipe González y de toda esa trama económica, judicial, mediática y política que finalmente lo tumbó, faltan novelas que hablen de cómo esos dos relevantes hombres de las finanzas como el banquero Mario Conde y el financiero catalán Javier de la Rosa no pudieron eludir la cárcel a pesar de tener en sus manos material sensible que comprometía a la misma monarquía.

La novela negra evoluciona al mismo tiempo que lo hace la sociedad. La globalización importa y exporta el tipo de delitos y el tipo de delincuentes. Las mareas migratorias hacen que aparezcan nuevas mafias, como las de los traficantes de personas, que antes no existían. La apertura de fronteras posibilita que circulen libremente delincuentes y exporten sus *modus operandi*. España sufre la violencia de las mafias militarizadas de los países del Este, con gran experiencia en los conflictos de los Balcanes, ex policías y ex militares, y también ajustes de cuentas entre sicarios que en el país de ustedes resulta moneda común, y en nuestras calles llegan a las manos Ñetas y Latin Kings. Las nuevas

➤ Dossier ➤

novelas negras tendrán que incorporar en sus páginas el fenómeno del jihadismo, y analizar sus causas, sus efectos, describir el caldo de cultivo en donde crece esa lacra que nos afecta globalmente y atenta contra nuestras libertades y costumbres.

La novela negra es la nueva novela social de esta época, es la que explica, más a las claras, como funciona el mundo, cuál es su deriva. Para entender lo que pasa en Suecia hay que leer a Henning Mankell. Los autores de novela negra suramericanos, como mis amigos y colegas argentinos Raúl Argemí, establecido en Barcelona, con *Penúltimo nombre de guerra* y Rolo Diez con su novela *Papel picado*, son quienes mejor han explicado el drama de los desaparecidos en el Cono Sur porque lo han sufrido en carne propia; ni la realidad mejicana puede ser explicada sin leer a Paco Ignacio Taibo II y seguir las andanzas de su detective Héctor Belascoarán Shayne o es imprescindible leer a Ramírez Heredia para acercarse al fenómeno de la Mara o hay que dejarse sorprender por la maestría fabuladora de Guillermo Arriaga o si se quiere tener una idea de la ambigüedad de la lucha entre el bien y el mal, entre guerrilleros y paramilitares, resulta imprescindible leer la documentadísima novela de mi amigo venezolano Marco Tarré Briceño, la terrible *Bala morena*; hay que leer a Rubem Fonseca para bucear en el Brasil actual. Sin duda para comprender la realidad social de su país habría que leer a Oscar Collazos, Santiago Gamboa, Sergio Álvarez o Jorge Franco Ramos, como para comprender el fenómeno de los asesinos en serie en EEUU hay que recurrir a sus escritores de género como James Ellroy, Thomas Harris o John Connolly. Para averiguar hacia dónde va la sociedad cubana es imprescindible leer a mis amigos Lorenzo Lunar, Amir Valle y las novelas de Pedro Juan Gutiérrez que destilan erotismo en cada página. Y para saber lo que sucede en España nada mejor que leer a Juan Madrid o Andreu Martín, como para saber lo que está pasando con el tema de las pateras el escritor canario Antonio Lozano es el indicado porque las ve llegar cada día desde Senegal. Se puede viajar a Venecia de la mano de la norteamericana Donna Leon. Se puede beber whisky irlandés en compañía de Ken Bruem y su *Maderos*. Conocer Sicilia de la mano de Andrea Camillari y su comisario Montalvano. Hoy en día hay novela negra hasta en países islámicos, como en Argelia, y allí está el caso del espléndido Yasmína Kadra, el ex militar del ejército argelino que escribe emboscado bajo el seudónimo de mujer su *Trilogía de Argel*, en la que desvela las causas y los efectos del terrorismo integrista en su país y ha trasladado el escenario de su última novela, *El atentado*, a Afganistán, y hay género negro incluso en países en los que no hay delincuencia, como es el caso de Islandia, lo que puede motivar que la ficción anime a la realidad.

En un mundo donde priman la violencia, el engaño, el soborno, la coacción,

➤ Dossier ➤

en el que gobiernos se arrojan el papel de delincuentes a gran escala, violan las leyes internacionales, practican el secuestro, la tortura y el asesinato selectivo, en el que la añagaza de daños colaterales, repulsivo eufemismo, embosca la masacre injustificada, la novela negra puede ayudarnos a meditar, a desbrozar el panorama y a sentir que somos portadores de ideas y que éstas pueden ponerse a la vista, y otro sea capaz de opinar también. La novela negra, como novela denuncia qué es, como novela imbricada en todo lo que sucede en la sociedad, porosa a los acontecimientos que conmueven nuestro planeta, no puede ni debe quedarse indiferente ante la barbarie desatada por fanatismos de uno y otro lado, y debe tener el coraje y el valor de indagar, descubrir y denunciar los oscuros intereses que se ocultan bajo ese exceso de patriotismo que ha llevado a la indeseada guerra de civilizaciones bajo la que vivimos.

No quisiera cerrar esta conferencia sin leer una frase de Vázquez Montalbán, que resume el impulso que mueve a los escritores de novela negra española: *«Nos aburría tanto lo que escribían los otros, e incluso lo que escribíamos nosotros, que hicimos lo que haría cualquiera en este caso: escribir lo que nos gustaría leer».* **BU**